

Silvia Balmaceda

## Un sueño



OCEDIÓ en el claroscuro de un sueño. Surgió un Sanatorio en blanco y negro como un tablero de damas. Y, dentro, amplias piezas, lisas y frías, habitadas por muchos catres de fierro, áridos y tristes como tumbas blancas.

Este viejo edificio se sujetaba en la falda de una montaña de cualquier país del mundo, del «país de los sueños».

En el interior de una estancia duerme una mujer un sueño tembloroso de mariposa. En el sanatorio hay muchos enfermos tendidos en sus camas, con pijamas rayados, se mueven en el pequeño mundo irreal de su enfermedad. Sin embargo, el amor atisba por las ventanas de esas vidas y, en su fuero íntimo, tiene un extraño suceder.

Es medianoche.

En medio de la estancia donde reposa la mujer aparece uno de los enfermos, guiado en su cama de

ruedas por una criatura. El enfermo vuela de su cama y posa sus ojos oscuros en el rostro de la mujer. Esta despierta aterrorizada y ve una sombra a rayas que se hunde en un catre blanco y anónimo como los demás. La criatura empuja su carga y ruega perdonar a su padre la mala costumbre de visitar de noche. La mujer estira sus alas y cubre con ellas el miedo que paralizó su corazón. Mas, el sueño ha huído de ella con su dulce tintineo de plata y un pensamiento cuelga ahora como una sombra rayada en la oscuridad de su pieza. «Será mejor que me levante—piensa—y así miraré la venida del día».

Leve y descalza, cubierta de una camisa transparente, delgada y cautelosa como una cinta batida por el viento, la mujer atraviesa de la mano del miedo. Las golondrinas se enredan en sus cabellos y anidan pensamientos. Ella quiere llamar. La hora gris tiembla en el cielo y teme la aparición milagrosa del universo. Arriba de la colina todos bailan. Hay hombres de smoking y señoras enjoyadas. La mujer está ahora en medio del baile; está hermosa y el vals la vistió de tules rosados. La aurora encendió la antorcha dorada de sus cabellos. Las pecheras blancas la circundan, le piden que baile; pero ella ha venido a ver surgir el día, ella está fascinada por la última estrella. Sin embargo, en el patio redondo, descubre la alegría de besar, el chasquido dulce de los labios transmitiéndose el mensaje de la vida.

Pero la vida en cualquiera de sus formas irrita y

hiere al que la escucha a un lado. De una de las puertas ha surgido un hombre celoso de sí mismo. Increpa a la mujer que creyó tenerlo a él en sus brazos. El hombre solitario libra su batalla y golpea con sus palabras a la mujer, le clava en el corazón con la espada de justicia, la reniega y la abate.

La mujer se aleja apegada a la tierra, siguiendo su sombra, con los cabellos como pañuelos de adioses, húmedos de lágrimas, con su corazón deshojado por el camino tan largo. Va en busca de un aroma familiar que la vuelva a la vida. El café la reunirá con sus hijos, y la abuela se posará en su sillón y presidirá el principio de la familia. Batirán las cucharas de plata en todas las tazas, y ahí empezará el día. La mujer esconderá su túnica de penitencia. Los colchones serán zarandeados a la luz del sol y volarán los sueños a su país ignoto, o quedarán prendidos a los pliegues del satín rayado. Las galerías se llenan de voces, en los espacios hay pisadas y cuerpos que se trasladan. El mundo es un teatro curioso. El día descorrió las cortinas. El día mueve su hoja blanca, que llenará de signos, para arrancarla cada noche. Las chaquetas nocturnas ya no son fantasmas, son trajes diferentes, sonrisas y palabras; algo que parece real. Los niños juegan y han vuelto a humanizar el corazón de los hombres, el que ya es una viscera tibia, que palpita, sufre y ríe. Las enfermeras son palomas mensajeras que portan medicinas, en frascos que cantan las lentas mejorías. El edificio cruje y se apoya en la falda de la montaña; los

religiosos pasan cantando su himno a Dios. Y las veredas recalentadas del mediodía entonan su canción de asfalto. Las fábricas tocan pitos, como sordos encantadores de serpientes, y de sus bocas inmensas surge el proletariado. Los humos de las cocinas tienden sus brazos viejos, color de hollín, y palpita en el estómago del humilde la acción de gracias de que les llenó el tibio guiso casero, que dará fuerzas a su brazo. Los niños tropiezan y lloran y las vecinas regañan, mientras lavan sus andrajos a la orilla de los ríos.

La mujer de la noche y del sueño también lava en un remanso mientras canta esta canción: «Duerme mi niño celeste—Nido de alas es tu cabeza.—Duerme mi niño, flor de mis sueños.—Cuando tu padre te formó; yo bajé de una estrella.—Y él me cubrió con sus alas».